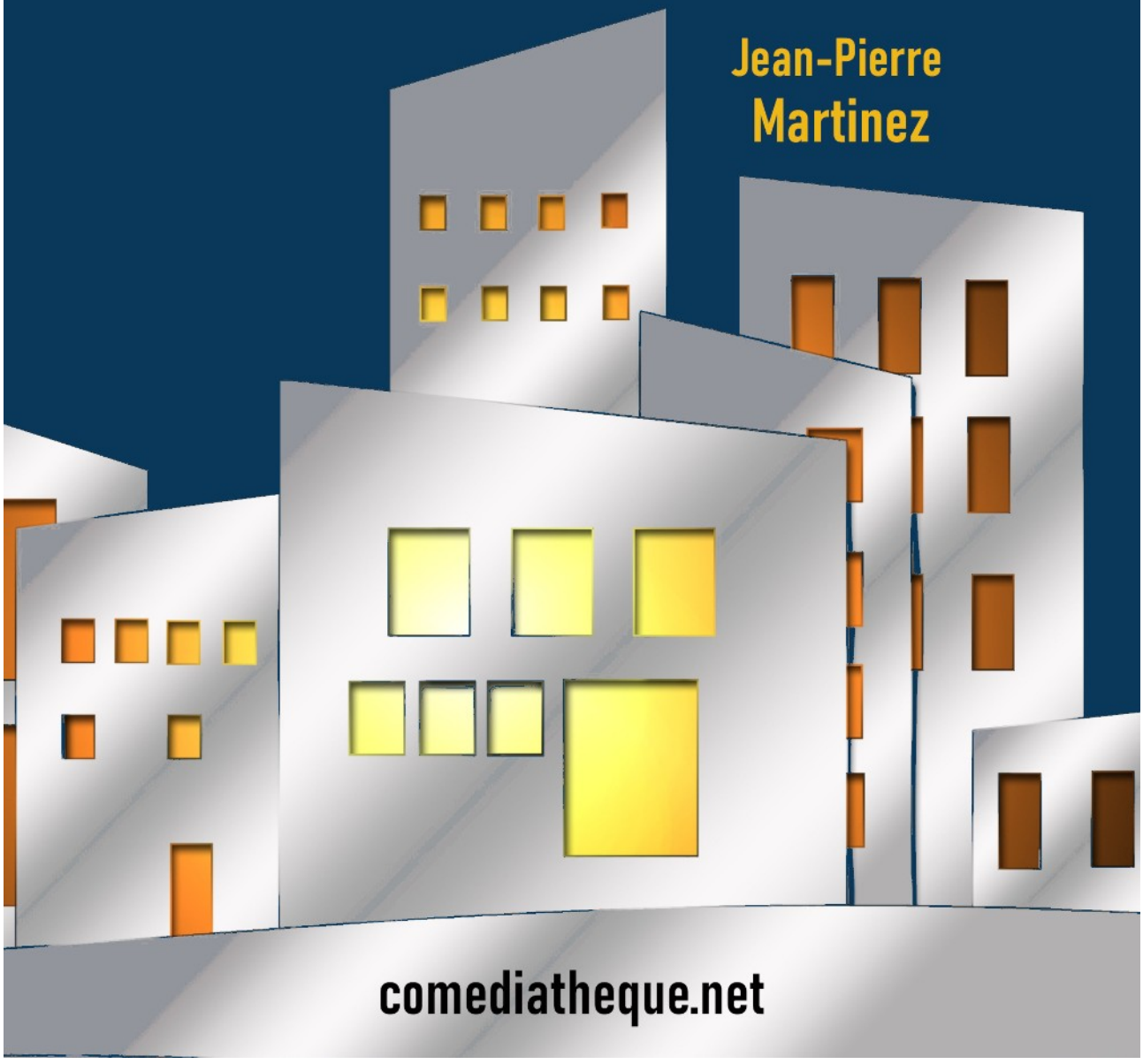
La Comédiathèque

LA CASA DE NUESTROS SUEÑOS

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

La casa de nuestros sueños

Cuento en cuenta atrás

Jean-Pierre Martinez

Una pareja acaba de comprar la casa de sus sueños a un precio sorprendentemente bajo. ¿Qué puede haber ocurrido en ella para que nadie la haya comprado antes? Sus anteriores propietarios murieron allí en circunstancias tan dramáticas como misteriosas... Un cuento filosófico contado marcha atrás sobre el destino tragicómico de la humanidad en general y de las parejas en particular.

Reparto variable de 2 a 10 actores y actrices.

1H/1M

2H/2M

3H/3M

4H/4M

5H/5M

© La Comédiathèque

ACTO 5

Él y ella están sentados en un jardín.

Él – Esta casa es absolutamente perfecta.

Ella – Sí. Es un auténtico paraíso.

Él – Y este jardín...

Ella – Es el jardín del Edén.

Una pausa.

Él – ¿El jardín del Edén es el paraíso?

Ella – ¿Cómo dices?

Él – El paraíso es donde vamos cuando morimos, ¿no?

Ella – El jardín del Edén es el paraíso terrenal. El paraíso perdido. Justo antes de que Adán se zampase todas las manzanas, Eva talase el manzano para hacer leña y uno de sus hijos le abriese la cabeza al otro con los troncos.

Él la mira, algo sorprendido.

Él – Tendré que volver a leer la Biblia, ahora que tengo algo de tiempo.

Ella – En cualquier caso, es la casa de nuestros sueños.

Él – Sí. Justo lo que queríamos.

Ella – Tenemos todas las tiendas cerca.

Él – Por no hablar de los colegios.

Ella – Lástima que no tengamos hijos.

Él – Así nos ahorramos que se maten entre ellos.

Ella – Bueno, si algún día la vendemos... a una pareja con hijos...

Él – Y la casa está impecable.

Ella – La han reformado de arriba abajo.

Él – Unos niños lo pondrían todo perdido.

Ella – Está como nueva.

Él – Sí, completamente renovada. Y por ese precio, ¿te das cuenta...?

Ella – Es verdad que nos ha salido muy barata.

Él – Para una casa así.

Ella – Tan bonita y tan bien situada.

Él – La pintura todavía está fresca.

Ella – Es todo tan blanco... que casi resulta sospechoso.

Él – ¿Sospechoso?

Ella – Como si hubieran querido borrar cualquier rastro de...

Él – ¿De qué?

Ella – No sé.

Él – ¿Cualquier rastro de vida?

Ella – ¿Cualquier rastro de sangre...?

Se miran con inquietud.

Él *(para tranquilizarse)* – A mí esta casa me encanta.

Ella – Se está tan a gusto aquí.

Él – Siempre había soñado con tener una casa así.

Ella – Y ahora ese sueño se ha hecho realidad.

Silencio. Vuelve la inquietud.

Él – ¿No has oído algo?

Ella – Sí...

Él – ¿Qué ha sido?

Ella – No lo sé.

Él – O quizá lo hemos soñado.

Ella – Voy a mirar.

Ella se levanta y regresa un momento después.

Él – ¿Qué era?

Ella – El buzón.

Él – ¿Una carta?

Ella – Un folleto publicitario.

Él – No sé para qué sirve poner un aviso de «Publicidad no, gracias» en el buzón.

Ella – Es una invitación a la fiesta de los vecinos.

Él – ¿Los vecinos van a dar una fiesta?

Ella – ¡La fiesta de los vecinos! Se celebra una vez al año, en primavera. Sacan mesas a la calle y cada cual lleva algo de comer y de beber...

Él – Ah, sí... La fiesta de los vecinos... O sea, que nos avisan de que van a hacer ruido.

Ella – ¡Nos invitan a participar!

Él – ¿Invitarnos? ¿A nosotros? ¡Pero si no conocemos a esos vecinos!

Ella – Ahora que vivimos aquí, son nuestros vecinos. Se supone que debemos conocerlos.

Él – Ya veo... La fiesta de los vecinos... ¿Crees que deberíamos ir?

Ella – No es obligatorio... pero quizá sería lo mejor. ¿Tú qué opinas?

Él – No sé...

Ella – Si queremos empezar a integrarnos en el barrio.

Él – Es verdad, no conocemos a nadie.

Ella – Ni siquiera conocimos a los antiguos propietarios.

Él – También es cierto que salimos poco.

Ella – Sí... A lo mejor deberíamos...

Silencio.

Él – A propósito de los vecinos, ¿sabes una cosa?

Ella – ¿Qué?

Él – Me pregunto si la vecina no estará muerta.

Ella – ¿Por qué dices eso?

Él – No sé... *(Una pausa.)* Para empezar, por el olor...

Ella – ¿Qué olor?

Él – ¿No hueles nada?

Ella – No.

Él – No hace falta tener un olfato extraordinario... Te aseguro que por aquí hay algo podrido.

Ella – ¿Ah, sí?

Él – Y no es de ayer. Cada vez huele más fuerte...

Ella – Pero cuando dices que hay algo podrido... ¿Te refieres a un cadáver?

Él – No sé... Nunca he tenido ocasión de olisquear un cadáver. ¿Y tú?

Ella – No. Bueno, sí, pero... ninguno que oliese tanto.

Él – Como una rata muerta, si lo prefieres.

Ella – A lo mejor es una rata muerta.

Él – ¿Ratas? ¿En este barrio? Me extrañaría... Es un barrio bastante acomodado.

Ella – Pues un jabalí, entonces... ¿O una cierva? Una vez comí carne de caza muy pasada en un restaurante de lujo. Me imagino que un cadáver debe de saber algo parecido.

Él – ¿Una cierva pasada?

Ella – No sé... El sabor, quizá... Pero el olor...

Él – Parece venir de la casa de al lado. O de su jardín.

Ella – ¿Y cómo habría llegado una cierva al jardín de la vecina?

Él – Sobre todo una cierva muerta. Por muy distinguido que sea el barrio, ya no se organizan muchas cacerías a caballo con perros por aquí.

Ella – Y aparte del olor, ¿qué te hace pensar que la vecina podría estar muerta?

Él – Nunca la vemos... Tiene las persianas cerradas...

Ella – Quizá se haya ido de vacaciones.

Él – ¿Más de tres meses?

Ella – ¿Por qué no?

Él – A esa edad, la gente se va de crucero una semana. Diez días como mucho.

Ella – ¿Cómo sabes qué edad tiene la vecina, si nunca la hemos visto? Y, para empezar, ¿cómo sabes que es una mujer?

Él – No lo sé. Me imaginaba a una anciana. La casa está bastante descuidada. Y las mujeres suelen vivir más que sus maridos. Así que he deducido que...

Ella – Ya veo...

Él – Observación, deducción...

Ella – Habrá salido de viaje durante mucho tiempo. O estará en casa de sus hijos.

Él – ¿Tres meses? ¿Quién aguanta a su madre en casa durante tres meses?

Ella – Bueno, pongamos que sí... La vecina ha muerto... En su casa... ¿Y tú eres el único que se ha dado cuenta?

Él – Siempre he tenido un olfato muy fino...

Ella – Su familia se habría preocupado por su desaparición...

Él – ¿Su familia?

Ella – Sus hijos.

Él – ¿Y si no tiene hijos?

Ella – ¡Todo el mundo tiene hijos!

Él – Nosotros no...

Ella – Entonces, su marido.

Él – Acabas de decir que seguramente era viuda...

Una pausa.

Ella – Bueno... ¿Y ahora qué hacemos? Tendríamos que avisar a la policía...

Él – ¿A la policía?

Ella – No vamos a dejarla allí, esperando a que...

Él – ¿A que empiece a descomponerse?

Ella – ¿Cuánto tiempo puede pasar un cadáver sin que empiece a oler?

Él – No sé si es buena idea que seamos nosotros quienes avisemos a la policía.

Ella – ¿Por qué?

Él – Podrían sospechar de nosotros.

Ella – ¿Sospechar de nosotros? ¿De qué?

Él – ¡De haberla asesinado!

Ella – ¿Pero tú crees que la han asesinado?

Él – Ni idea... Son cosas que pasan...

Ella – ¿Y por qué iban a sospechar de nosotros?

Él – Apenas llevamos tres meses viviendo aquí, la vecina muere justo cuando nos mudamos y somos nosotros quienes llaman a la policía...

Ella – Tienes razón, podríamos meternos en un lío... Pero ¿qué motivo tendríamos para matarla?

Él – Siempre hay buenas razones para querer deshacerse de los vecinos, ¿no?

Ella – ¿Qué razones?

Él – Comprarles la casa, por ejemplo.

Ella – Bueno, ya...

Él – Sobre todo si la has comprado mediante una renta vitalicia.

Ella – No me digas que le has comprado la casa a la vecina mediante una renta vitalicia, pagándole mientras viva, y que después la has matado.

Él – ¡Pero no! ¡Qué cosas se te ocurren!

Ella – Me dejas más tranquila...

Él – Aunque, bien mirado, quizá no sea tan mala idea.

Ella – ¿Matar a la vecina?

Él – Comprar la casa.

Ella – ¿Para qué?

Él – ¡Para no tener vecina!

Ella – Vuelves a preocuparme...

Él – Sin vecinos, no hay fiesta de los vecinos.

Ella – Claro, desde luego...

Él – En cualquier caso, si ha muerto, seguro que pondrán la casa en venta.

Silencio.

Ella – Creo que empiezo a notar ese olor...

Él – ¿A podrido?

Ella – Sí, eso me parece...

Una pausa.

Él – No lo dirás solo para darme la razón, ¿verdad?

Ella – ¿El qué?

Él – Que hueles un cadáver.

Suena el timbre.

Él – ¿Y ahora qué? ¿Esperamos a alguien?

Ella – No.

Él – Espero que no sea otra invitación.

Ella – No conocemos a nadie... ¿A qué nos iban a invitar?

Él – ¿A la fiesta de la música?

Ella – Es verdad que también falta poco.

Él – Podrían celebrarlas juntas.

Ella – La fiesta de la música entre vecinos...

Él – Voy a ver quién es...

Él sale. Ella olfatea el aire intentando detectar algún olor.

Ella – No serviría para perro policía. *(Él regresa.)* ¿Quién era?

Él – La vecina.

Ella – ¿La que está muerta?

Él – La otra vecina.

Ella – ¿Qué quería?

Él – Quería saber si, por casualidad, el olor a cadáver venía de nuestra casa.

Ella – ¿Ha dicho «cadáver»?

Él – Creo que se refería más bien a un animal muerto. Un gato, por ejemplo. El suyo desapareció hace unas semanas.

Ella – ¿Y qué le has dicho?

Él – Que yo no olía nada...

Ella – Has hecho bien.

Él – Mejor no meterse donde no nos llaman.

Ella – Para vivir felices, mejor pasar desapercibidos...

Él – ¿Somos felices?

Ella – ¿Tú qué crees?

Silencio.

Él – Es curioso... Me ha contado una historia muy rara...

Ella – ¿Quién?

Él – ¡La vecina!

Ella – ¿Qué historia?

Él – No sé si te apetece oírla ahora.

Ella – O lo cuentas todo o no cuentas nada...

Él – ¿Recuerdas lo que nos dijo el agente inmobiliario cuando compramos la casa?

Ella – ¿Qué?

Él – Que la vendían porque sus dueños habían muerto.

Ella – Sí... Por eso no llegamos a conocerlos, supongo.

Él – Lo que no nos contó fue cómo habían muerto...

Ella – Es verdad. Es raro que murieran los dos a la vez.

Él – Sí...

Ella – ¿Cómo murieron?

Él – Ella le abrió el cráneo de un hachazo...

Ella – Vaya... ¿Y dónde?

Él – Aquí, en el jardín.

Ella – ¿En serio? ¿Y después?

Él – Después se tiró desde el segundo piso al patio.

Ella – ¿Al patio? ¿Quieres decir al jardín? ¿A nuestro jardín...?

Silencio.

Él – No entendía por qué esta casa llevaba tanto tiempo en venta.

Ella – Ni por qué nadie la compraba, ni siquiera a ese precio.

Él – La verdad es que nos salió muy bien de precio.

Ella – ¿Tú crees?

Él – No sé...

Ella – Seguro que por eso volvieron a pintarlo todo.

Él – Para borrar las manchas de sangre...

Una pausa.

Ella – ¿Estás seguro de que el olor a muerte viene de la casa de al lado?

Él – ¿Qué quieres decir?

Ella – A lo mejor viene de aquí.

Él – No puede ser. Cuando llegó la policía y descubrió lo ocurrido, se llevaron los cuerpos, digo yo.

Ella – A veces pasan cosas extrañas en las casas donde ha ocurrido una tragedia así...

Él – Es verdad que cuando vinimos a verla por primera vez ya noté algo raro.

Ella – ¿Y no me dijiste nada?

Él – Es que estaba tan barata...

Ella – Ahora comprendo por qué.

Él – Sí, yo también...

Silencio.

Ella – Mira, parece que la vecina ha vuelto de vacaciones...

Él – ¿Tú crees?

Ella – Tiene las persianas abiertas...

Él – Al menos esa no está muerta.

Ella – No... Todavía no...

Él – Entonces el olor no viene de su casa.

Ella – O quizá sea el gato...

Él – Vamos a decir que es el gato.

Ella – Sí, seguro que es el gato.

Silencio.

Él – Bueno, ¿qué hacemos? ¿Vamos o no?

Ella – ¿Adónde?

Él – ¡A la fiesta de los vecinos!

Ella – No sé si es buena idea.

Él – Tienes razón.

Ella – Ya me los imagino mirándonos de reojo y hablando en voz baja.

Él – «Son ellos».

Ella – «Los que viven en la casa donde ocurrió aquella matanza».

Él – Sí... Y preguntándose cuándo nos tocará a nosotros.

Ella – ¿Cuándo nos tocará?

Él – Matarnos el uno al otro.

Ella – ¿Crees que podríamos acabar así?

Él – Nos aburrimos tanto...

Ella – ¿Tenemos un hacha?

Silencio. Él vuelve a olfatear el aire.

Él – ¿Y si fuéramos nosotros...?

Ella – ¿Nosotros?

Él – Los que olemos a podrido.

Se miran, perplejos. Oscuro.

ACTO 4

Él entra primero y echa un vistazo a su alrededor. Ella se reúne con él.

Él – Y bien, comisaria, ¿qué opina?

Ella – Opino que los dos están muertos.

Él – Sí... Yo llegué a la misma conclusión cuando vi que la cabeza de él estaba separada del cuerpo y había rodado más de dos metros...

Ella – Y que la cabeza de ella había estallado contra las baldosas del patio como una sandía demasiado madura.

Él – Pero lo que quería preguntarle, comisaria, es qué opina del caso...

Ella – Yo no opino nada, amigo mío. Observo y deduzco. Como Sherlock Holmes o el inspector Colombo. Un buen policía no piensa: observa y saca conclusiones de lo que ve.

Él la mira perplejo y sigue examinando el lugar.

Él – Me pregunto qué habrá ocurrido aquí para que una pareja aparentemente normal acabara matándose con semejante entusiasmo.

Ella – ¿Qué le hace pensar que se trata de un asesinato?

Él – Ella todavía tenía en la mano el hacha con la que lo decapitó.

Ella – No se fíe de las apariencias, inspector. Pueden jugarle malas pasadas. Además, ha pasado por alto que, antes de decapitar a su marido, ella taló un manzano en el jardín. Probablemente con la misma hacha.

Él – Es verdad, no me había fijado. Además, no entiendo mucho de árboles.

Ella – Yo tampoco.

Él – ¿Y cómo sabe que era un manzano?

Ella – Porque vi manzanas colgando de las ramas.

Él – Tampoco me había dado cuenta...

Ella – Si hubiera visto peras, habría deducido que era un peral. Si hubiera visto cerezas, un cerezo. Observación, deducción. No lo olvide nunca, inspector.

Él – Lo tendré presente, comisaria.

Ella – ¿Qué sabemos de esta... pareja sin historia, como usted dice?

Él consulta una pequeña libreta.

Él – Él era dramaturgo... Ella, actriz...

Ella – ¿Un autor conocido?

Él – Una de sus obras tuvo cierto éxito hace unos años.

Ella – ¿Ah, sí? ¿Cuál?

Él – Un sueño de casa...

Ella – No me suena. La última vez que fui al teatro fue para ver La jaula de las locas.

Él – ¿No le gustó?

Ella – Sí, muchísimo. Precisamente por eso preferí quedarme con aquel buen recuerdo. ¿Y ella?

Él – Sobre todo papeles secundarios... Y cada vez menos. Por lo visto, ese año le faltaban unos cuantos días de trabajo para poder cobrar la prestación entre contratos.

Ella – Eso podría ser motivo de suicidio, pero no un móvil para asesinar a nadie. ¿Antecedentes penales?

Él – Un turbio asunto de plagio. Un hurto en una tienda. Un fraude en las ayudas por hijos. Nada importante...

Ella – ¿Tenían hijos?

Él – No. Precisamente por eso he mencionado el fraude en las ayudas por hijos.

Ella – Ya veo... ¿Decía que había un hurto en una tienda?

Él – Sí.

Ella – ¿De él o de ella?

Él – De ella.

Ella – ¿Perfume? ¿Maquillaje? ¿Lencería? Suele ser lo que roban las mujeres en las tiendas...

Él vuelve a consultar la libreta.

Él – Un hacha.

Ella – ¿Un hacha? Podría haber premeditación...

Él – Si es la misma hacha con la que decapitó a su marido.

Ella – ¿Para qué iba a robar un hacha si ya tenía una?

Él – No sé... Algunas mujeres roban por el simple placer de robar...

Ella – ¿Un hacha?

Él – Es verdad que un hacha... No es nada habitual.

Ella – Una hachuela, todavía. Sería más femenino... O un cuchillo de pan. Quizá una lima de uñas.

Él – ¿Para cortar un árbol?

Ella – Es un árbol pequeño, inspector. ¿Tampoco se había fijado en eso?

Él – Y en cuanto al... plagio, comisaria, ¿qué opina?

Ella – No sabe muy bien qué significa, ¿verdad?

Él – Digamos que... no estoy del todo seguro.

Ella – El plagio es un robo.

Él – ¿Como robar un hacha en una ferretería?

Ella – Sí, solo que la ferretería es la cabeza de un escritor y lo que el plagiario roba son sus ideas.

Él – Entiendo... Como un vampiro que chupa la sangre de sus víctimas... A lo mejor ella le abrió el cráneo para hurgar en el cerebro y robarle lo que había dentro...

Ella – ¿Y por qué se habría tirado por la ventana después?

Él – ¿Qué podría robarle una actriz a un dramaturgo?

Ella – Sus frases, seguramente. Es un defecto bastante corriente entre los actores. Acaban creyendo que son los autores del texto que interpretan.

Él – ¿De verdad?

Ella – Conocí a un actor de tragedias que acabó convencido de que él había escrito todas las obras de Racine.

Él – Acabó en un manicomio, supongo.

Ella – Acabó en la Academia Francesa.

Él – ¿La Academia Francesa...?

Ella – Es una especie de tribunal constitucional de las letras. O una residencia de ancianos, si lo prefiere. Solo que, en lugar de jugar al Scrabble, deciden qué palabras pueden aceptarse en el Scrabble.

Él – ¿Y es grave, comisaria?

Ella – ¿El qué?

Él – ¡El plagio!

Ella – Todos somos falsificadores, amigo mío. No hacemos más que repetir las frases hechas que aprendimos en la escuela, deformándolas por el camino. Si metiéramos en prisión a todos los que no son verdaderamente los autores de las tonterías que sueltan durante todo el día, no quedaría casi nadie en libertad, créame.

Él – Aunque, como decía Michel Audiard, «un intelectual sentado llega menos lejos que un imbécil que camina».

Ella – Eso es de Jacques Audiberti.

Él – No me suena...

Ella – «Vale más un imbécil que camina que diez intelectuales sentados». Michel Audiard también plagiaba a sus colegas de vez en cuando. Aunque en este caso no sabría decirle quién plagió a quién.

Él – En resumen... no hemos inventado nada.

Ella – La vida es una lucha incesante contra la mediocridad: esa costumbre de plagiar a los demás hasta terminar plagiándose uno mismo...

Él – Dice cosas tan inteligentes... que no estoy seguro de entenderlas del todo...

Ella – La verdadera inteligencia, inspector, consiste en saber cerrar el pico. Muy pocos son capaces. Hasta yo me sorprendo a veces pronunciando frases... que no son mías.

Él – ¿Y esa frase es suya, comisaria?

Ella – Por desgracia, no. Recoja un trozo de esa sandía y métalo en una bolsa isotérmica. Lo enviaremos al laboratorio para analizarlo.

Él – A sus órdenes, comisaria.

Ella – Y no olvide ponerse guantes...

Él – Para no contaminar la muestra.

Ella – Sí... Y sobre todo para no mancharse las manos...

Él – Ni ensuciar la casa.

Ella – Sería una pena. Está todo tan limpio...

Él – Según parece, hacían pintar las paredes todos los años.

Ella – Seguramente después de cada crimen.

Él – ¿Cree que hubo más de uno?

Ella – Ya se lo he dicho: yo no creo nada.

Él sale. Ella mira a su alrededor y olfatea el aire. Luego se pone a cuatro patas y husmea por todas partes como un perro policía. Él vuelve y la observa, desconcertado.

Él – ¿Ha encontrado alguna pista, comisaria?

Ella se incorpora.

Ella – Hágame caso, inspector: esta casa huele a muerte.

Él – Tenemos dos cadáveres aquí al lado. Es normal, ¿no?

Ella – Quiero decir que huele a podrido. A carne en descomposición, si lo prefiere. Y, sin embargo, esta pareja acaba de morir.

Él – ¿Cómo lo sabe?

Ella – El cerebro de la señora todavía humeaba cuando llegamos.

Él – Es verdad que aquí no hace mucho calor. Pero, si me permite, comisaria, creo que aquel humo venía más bien de un cigarrillo mal apagado. Encontré la colilla consumida en un rincón del patio.

Ella – Con más razón. Si el último cigarrillo sigue echando humo, es que el condenado no lleva mucho tiempo muerto. *(Vuelve a olfatear.)* Le digo que este asunto huele a podrido...

Él – ¿Y qué conclusiones saca de estas observaciones, comisaria?

Ella – Hay por lo menos tres posibilidades.

Él – La escucho.

Ella – O las víctimas ya olían a podrido cuando estaban vivas.

Él – Sí...

Ella – O ese olor viene de otros cadáveres más descompuestos que todavía no hemos encontrado. Enterrados en el sótano, por ejemplo.

Él – ¿Cuánto tiempo puede permanecer una persona bajo tierra antes de pudrirse?

Ella – Bueno, si no estaba podrida antes de morir...

Él – O sea, que esa frase tampoco es suya...

Ella – No.

Él – ¿De quién es, jefa?

Ella – De Shakespeare. En Hamlet. Suponiendo que fuera él quien escribió sus obras, claro.

Él – ¿Cree que Shakespeare también plagiaba?

Ella – Vaya usted a saber...

Él – ¿Y cuál es su tercera hipótesis, comisaria?

Ella – ¿Y si fuéramos nosotros los que olemos a podrido...?

Él – Nunca se me habría ocurrido...

Ella – Por eso yo soy comisaria y usted no pasa de inspector.

Él – Naturalmente, comisaria.

Ella – He reflexionado mucho sobre la naturaleza humana y he llegado a algunas conclusiones. Quizá las recoja en un libro cuando me jubile, para beneficio de las generaciones futuras.

Él – ¿De verdad? ¿Y qué clase de libro, comisaria? ¿Una novela policíaca?

Ella – Más bien... una especie de Biblia.

Él – Ya veo... Una biblia para guionistas de series policíacas...

Ella – ¡Por favor, inspector! ¡La Biblia! Una especie de nuevo Nuevo Testamento.

Él – Ah, ya comprendo...

Ella – ¿Quiere que le adelante algunas de mis reflexiones?

Él – ¿Por qué no...?

Una breve pausa para aumentar el efecto dramático.

Ella – ¿Sabe cuántos seres humanos han vivido y muerto en la Tierra antes que nosotros, inspector?

Él – No.

Ella – Unos cien mil millones. Por cada persona viva en el planeta, hay más de diez en los cementerios y en otros lugares.

Él – Vaya, eso es mucha gente.

Ella – Y la cosa no va a mejorar, créame.

Él – ¿Ah, no?

Ella – Ya lo verá. Al envejecer, uno acaba conociendo a más muertos que vivos.

Él – Es verdad...

Ella – Y llegará un día en que la Tierra estará habitada solo por muertos.

Él – ¿Se refiere al fin del mundo?

Ella – Al fin de la humanidad, por lo menos. Al paso que vamos, seguramente no tardará mucho. La Tierra será entonces una casa vacía, embrujada por todos los muertos que la ocuparon sucesivamente desde el principio de la humanidad.

Él – Qué bonito lo que dice, comisaria.

Ella – Por desgracia, no es mío.

Él – ¿De quién es, entonces?

Ella – Del autor de esta obra, supongo. A menos que él también sea un vulgar plagiario.

Él – ¿Y qué hacemos con este doble asesinato?

Ella – Tendremos que remontarnos por el hilo de esos funestos acontecimientos, desde este último crimen hasta la primera víctima de esa asesina en serie.

Él – ¿Cree que estamos ante una asesina en serie?

Ella – ¡La Muerte! ¡Ella es la responsable de todas estas muertes! La muerte natural no existe, inspector. Toda muerte es un homicidio. La Muerte ha asesinado a toda esa gente.

Él – Pero cuando dice que hay que remontar el hilo de los acontecimientos, ¿se refiere a...?

Ella – ¡El primer asesinato! El primer caso criminal.

Él – ¿Qué caso?

Ella – Caín y Abel, por supuesto.

Él – No había oído hablar de ese caso. ¿Caín y Abdel, dice?

Ella – ¿No ha leído nunca la Biblia? ¿Ni a Victor Hugo? «El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín». ¿No le suena?

Él – No. ¿Una cámara escondida en una tumba?

Ella – Dios fue el primero en inventar la videovigilancia, inspector. Nosotros, los policías, no somos más que sus humildes servidores.

Silencio.

Él – ¿Entonces cree que algún día la Tierra podría desaparecer?

Ella – La Tierra es como una casa. Cuando llegamos se la compramos a alguien, y cuando nos vamos se la vendemos a otro, esperando sacar algún beneficio. Creemos que esa casa siempre ha estado ahí y que seguirá ahí para siempre. Pero alguien la construyó un día y alguien terminará por destruirla.

Él – Yo también empiezo a notarlo.

Ella – ¿El qué?

Él – Ese olor a muerte.

Ella – Ese olor, amigo mío, es el de la vida que existió antes de nosotros. El de los cien mil millones de seres humanos que nos precedieron. La Tierra es un osario, una fosa común, un gigantesco cementerio bajo la luna.

Él – Supongo que eso tampoco es suyo...

Ella – Vaya usted a saber... A veces también improviso. ¿Ha visto La noche de los muertos vivientes?

Él – ¿La de los cadáveres que salen de sus tumbas, se van de paseo por la ciudad y devoran carne fresca?

Ella – ¡Cien mil millones, imagínese! Y eso sin contar los animales salvajes, que pronto habremos exterminado por completo, ni los domésticos, que criamos en jaulas y sacrificamos en cadena para comérnoslos los domingos después de misa, durante una barbacoa con los amigos.

Él – Es verdad que una barbacoa con los amigos apetece...

Ella – ¡Imagínese que una noche regresaran todos a devorarnos! Todos esos pollos, cerdos y terneros que hemos matado en los mataderos...

Él – Sí, da escalofríos...

Ella – ¡Y no digamos las verduras!

Él – ¿Las verduras? ¿Como las patatas fritas?

Ella – ¡Imagínese! La noche de los muertos vivientes, pero con patatas, zanahorias y nabos que salen de la tierra por la noche para venir a comernos. ¡Imagínelo, inspector!

Él – Lo intento, comisaria. Lo intento... ¿Y qué hacemos con estos dos?

Ella – ¿Qué le parece la casa?

Él – No está mal.

Ella – ¿No está mal?

Él – No, es verdad que es absolutamente perfecta.

Ella – Precisamente estoy buscando una casa por esta zona. Pero con el sueldo miserable que nos pagan cada mes... Y eso que yo gano tres veces más que usted.

Él – No necesita reformas. Cerca de todas las tiendas. Y con un colegio no muy lejos.

Ella – Ahora seguro que ponen la casa en venta.

Él – ¿Ahora?

Ella – Ahora que sus propietarios están muertos.

Él – ¿Podría vivir en una casa donde han ocurrido unos hechos tan terribles?

Ella – ¿Usted no?

Él – Creo que tendría pesadillas...

Ella – Entonces, ¿cree que se venderá más barata?

Él – Creo que esta casa no hay quien la venda...

Ella – Eso pienso yo también.

Él – En el barrio será siempre la casa de la matanza. La casa del crimen.

Ella – ¿Conoce el cuadro de Paul Cézanne titulado La casa del ahorcado?

Él – ¿De quién?

Ella – Ni siquiera sabemos si alguien se ahorcó allí alguna vez. Quizá la casa perteneciera a un bretón llamado Pen'Du, un nombre que suena como «ahorcado» en francés.

Él – Ah, un bretón...

Ella – Pero imagínese el problema del agente inmobiliario. ¿Quién querría comprar la casa de un ahorcado? Y eso que aquella se hizo famosa gracias a un cuadro. Pero por cada casa del ahorcado pintada por Cézanne, ¿cuántas habrá donde alguien se ahorcó sin que nadie lo sepa?

Él – En algún sitio tendrá que ahorcarse la gente.

Ella – En otro, pero no en mi casa. Le quitaría valor. De ahí viene la expresión.

Él – ¿Qué expresión?

Ella – ¡Váyase a ahorcar a otra parte!

Él – Ah, claro...

Ella – ¿Y si compráramos esta casa?

Él – ¿Nosotros?

Ella – Por cuatro perras. Usted y yo. Algún ahorro tendrá, ¿no?

Él – Seguro que podríamos conseguirla barata. Pero ha dicho que era imposible venderla.

Ella – La compramos por casi nada, dejamos pasar un tiempo, pintamos las paredes y luego la vendemos sacándole un buen beneficio.

Él – ¿Y mientras tanto quién viviría aquí?

Ella – ¡Usted y yo!

Él – ¿Usted y yo?

Ella – ¿No le gusto, inspector?

Él – Sí, sí, por supuesto, solo que...

Ella – ¿Qué?

Él – No, nada... *(Una pausa.)* ¿Y yo le gusto a usted, comisaria?

Ella le lanza una mirada de sorpresa.

Ella – ¡Pero si era una broma, hombre!

Él – Claro, comisaria.

Ella – Usted y yo ya nos conocemos demasiado bien. Terminaríamos aburriéndonos.

Él – A lo mejor empezaríamos por ahí.

Ella – Y créame, por experiencia sé que muchas parejas acaban matándose en casa precisamente para escapar del aburrimiento.

Él – ¿Cree que ella le abrió la cabeza y luego se tiró por la ventana solo para animar un poco su vida matrimonial?

Ella – ¿Está casado, inspector?

Él – No.

Ella – Entonces no puede entenderlo.

Oscuro.

ACTO 3

Él está sentado, inmóvil. Ella entra de la calle con un impermeable puesto y un hacha en la mano.

Él – ¿Todo bien?

Ella – Sí.

Ella se quita el impermeable.

Él – ¿Qué tal el día?

Ella – Bien.

Él – Me alegro. *(Silencio, mientras ella afila el hacha con una piedra.)* ¿Tienes algo que contarme?

Ella – ¿Qué más podríamos decirnos que no nos hayamos dicho ya...? Solo conseguiríamos repetirnos, ¿no?

Él – Bueno... Y, si se puede preguntar... ¿Qué haces con ese hacha?

Ella – Ah... Esa es una pregunta que nunca me habías hecho...

Él – Seguramente porque es la primera vez que vuelves a casa con un hacha...

Ella – Exacto... La primera vez... He decidido sorprenderte, viejo tronco...

Él – También es la primera vez que me llamas «viejo tronco»... ¿Y bien?

Ella – Voy a talar el árbol del fondo del jardín.

Él – ¿Con un hacha?

Ella – ¡Pues claro! No con una lima de uñas.

Él – ¿Y qué te ha hecho ese árbol?

Ella – Está podrido.

Él – ¿Podrido?

Ella – Podrido por dentro. Con la primera ráfaga de viento podría caernos encima.

Él – Casi nunca nos ponemos debajo.

Ella – Podríamos querer hacer una barbacoa.

Él – Nunca hacemos barbacoas. Y ni siquiera sé dónde está ese árbol.

Ella – No me extraña. Ya no sales de casa. Ni siquiera para ir al jardín.

Él – No sabía que teníamos un hacha.

Ella – No la teníamos.

Él – Entonces has comprado un hacha...

Ella – No la he comprado. La he robado.

Él – Pero si es enorme... ¿Cómo se roba un hacha?

Ella – No se puede. El vigilante me pilló cuando salía. Al final tuve que pagarla.

Él – Tenemos dinero de sobra para comprar un hacha. ¿Por qué no querías pagarla?

Ella – ¡Para que no quedara ninguna factura, naturalmente!

Él – ¿Y de qué sirve comprar un hacha sin factura?

Ella – ¡Sin factura no hay pruebas! Si comprases un revólver para matar a alguien, preferirías que no quedase ninguna factura, ¿verdad?

Él – Sí, supongo... Bueno, hago un esfuerzo por imaginarlo. Nunca he comprado un revólver. Y tampoco he matado a nadie. Hasta hoy...

Ella – Tienes razón. Comprar un revólver puede levantar sospechas. Más que comprar un hacha, desde luego. Aunque haya factura...

Él – O sea, que eres consciente de que es un acto grave, por no decir delictivo...

Ella – Muy consciente, no te preocupes.

Él – A lo mejor puedo entender que alguien tale un árbol en un arrebato. Un plátano, por ejemplo, porque se le ha cruzado delante del coche cuando iba tan tranquilo, completamente borracho. Pero así, a sangre fría, con un hacha que te has procurado expresamente... ¡Esto es una ejecución! ¡Un asesinato premeditado! Te advierto que no pienso hacerme cómplice de semejante crimen.

Ella – Tranquilo, tú no participarás en esta matanza. *(En voz baja.)* Al menos, no como cómplice...

Él – ¿Y por qué ahora?

Ella – Porque está podrido, ya te lo he dicho.

Él – ¿Desde cuándo?

Ella – No sé... Ha sido poco a poco. Cuando el gusano está dentro del fruto... a veces termina atacando al árbol.

Él – Ni siquiera sabía que había un árbol en el jardín. ¿Qué clase de árbol es?

Ella – Un manzano.

Él – ¿Tenemos un árbol frutal en el jardín?

Ella – Está medio muerto. Hace mucho que no da manzanas.

Él – Eso no es motivo para deshacerse de él.

Ella – Ese árbol me ha decepcionado mucho. Había depositado grandes esperanzas en él.

Él – Dices que está medio muerto. Eso quiere decir que todavía está medio vivo.

Ella – Ya es tarde. Prefiero ahorrarle la agonía.

Él – Aún podría dar algunas manzanas.

Ella – Eso es precisamente lo que le reprocho.

Él – ¿Cómo?

Ella – En toda su vida, ese árbol solo ha dado manzanas. Y si siguiera medio vivo diez o veinte años más, seguiría dando siempre las mismas manzanas.

Él – Los manzanos dan manzanas. ¿Qué esperabas?

Ella – Que me sorprendiese.

Él – ¿Y por eso prefieres talarlo?

Ella – ¿Para qué seguir? Se ha vuelto tan previsible... Y no hay nada más deprimente que lo previsible.

Él – ¿Y qué harás con el tronco?

Ella – ¿Con el tronco? Supongo que lo mismo que con la cabeza. Lo cortaré todo en trozos, los meteré en bolsas de plástico y los iré tirando poco a poco al cubo de basura de la calle. Un poco cada día, para que los basureros no se den cuenta.

Él – ¿De qué no se den cuenta?

Ella – Se supone que no podemos tirar ramas viejas a la basura, ni siquiera cortadas en trocitos.

Él – Pues otra razón para no talar el manzano.

Ella – Basta de charla. Cuanto antes acabe...

Ella da un paso hacia la salida. Él se levanta y se interpone en su camino.

Él – ¿Y si yo no estuviera de acuerdo?

Ella – ¿Ah, no? ¿Y qué harías?

Él – Podría impedírtelo.

Ella – ¿Impedírmelo? ¿Tú?

Él – Por supuesto. ¿Y tú qué harías si intentara impedírtelo?

Ella – No sé... *(Levanta el hacha.)* Podría abrirte la cabeza con este hacha, por ejemplo. Para comprobar si de verdad tienes un cerebro dentro.

Una pausa.

Él – O sea, que todavía me guardas rencor por haber firmado yo el guion de esta obra en tu lugar...

Ella – Eso se llama plagio, ¿no?

Él – Era lo mejor, ya te lo he explicado cien veces. Yo ya tenía cierto nombre como autor. Eso tranquilizaba al productor.

Ella – Sobre todo te tranquilizaba a ti. Por fin firmabas algo interesante...

Él – La obra fue un fracaso estrepitoso.

Ella – Algunas obras tienen una segunda oportunidad. *Ruy Blas* fue mal recibida en su estreno y acabó convirtiéndose en un clásico. Incluso inspiró una película con Yves Montand y Louis de Funès: *La folie des grandeurs*, conocida en español como *Delirios de grandeza*.

Él – Delirios de grandeza... Pues sí que te vendría bien que te trataran. ¿Ahora te crees Victor Hugo?

Ella – ¿Y por qué no? *Ruy Blas* también cuenta la historia de un impostor. Aunque su protagonista no carece precisamente de grandeza.

Él – ¿*La casa de nuestros sueños*? ¿En serio creías que ibas a pasar a la posteridad con eso?

Ella – ¡Eso no te impidió firmar el manuscrito!

Él – Además, me pregunto si no te inspiraste un poco en *Delirios de grandeza* para escribir semejante bodrio.

Ella – ¡Y ahora eres tú quien me acusa de plagio! ¡El mundo al revés!

Ella avanza hacia él con el hacha en alto, amenazante. Él retrocede con cautela.

Él – Recuerda que al final quedó una factura. Y seguro que los responsables de la tienda avisaron a la policía. Ya tienes antecedentes por hurto.

Ella – Y tú, por plagio. Porque no es la primera vez que te apropias de un texto que no has escrito.

Ella levanta el hacha.

Él – Vendrá la policía. No podrás hacerles creer que fue un crimen pasional. Te caerá cadena perpetua.

Ella – La cadena perpetua me cayó el día que me casé contigo... *(Baja el hacha, como resignada.)* Pero tienes razón... Sería demasiado arriesgado. No merece la pena...

Él – Venga, deja el hacha. Vas a acabar haciendo daño a alguien.

Ella – Me pregunto por qué vinimos a enterrarnos aquí...

Él – Yo también...

Ella – No sé por qué, pero siempre he tenido la sensación de que a esta casa le pasa algo raro.

Él – ¿El qué?

Ella – No sé...

Él – Como si pesara una maldición sobre ella.

Ella – ¿Y si nos mudáramos?

Él – ¿Con qué dinero? Por desgracia, no vamos a pagar la hipoteca con tu obra maestra. Ni con lo que ganas de actriz, dicho sea de paso.

Ella vuelve a levantar el hacha, amenazante.

Ella – ¿Me lo estás echando en cara?

Él – No te atreverías. Sería demasiado parecido a una mala comedia de enredo.

Ella – ¿Una mujer que despedaza a su marido con un hacha?

Él – A una película de terror de serie Z, si lo prefieres.

Ella – Por otra parte...

Él – ¿Qué?

Ella – Hay auténticos bodrios que se venden muy bien...

Él – ¿Por ejemplo?

Ella – *La matanza de Texas*.

Él – Pero allí hay una motosierra. Aquí solo hay un hacha y una mujer que mata a su marido.

Ella – Cuando no hay mucho presupuesto...

Él – Lo siento, no me lo creo.

Ella – Piensa en el primer asesinato de la historia de la humanidad.

Él – ¿Caín y Abel?

Ella – Un tipo que estrangula a su hermano con las manos. Y ya está. La investigación se reduce a una cámara de vigilancia que Dios instaló en la tumba del culpable. ¡Y el libro sigue siendo un éxito de ventas!

Él – Sí, pero eso no se había hecho nunca. Hoy, incluso en cuestión de asesinatos, no es tan fácil sorprender al público.

Ella – Tienes razón, es deprimente. Me entran ganas de suicidarme. Bueno, empezaré por acabar con el manzano. Me desahogaré un poco...

Ella coge el hacha y se dispone a salir.

Él – Yo pondré la mesa... y pensaré en otro guion.

Ella – ¿Y si me echas una mano?

Él – ¿Para qué?

Ella – ¡Para talar ese maldito manzano! Si no queremos que caiga sobre la valla del vecino, tendrás que empujar desde el otro lado mientras yo corto el tronco.

Él – Está bien, pero ten cuidado. Un accidente ocurre en un segundo...

Ella – Sobre todo cuando se utiliza un hacha por primera vez en la vida...

Salen los dos. Una pausa.

Voz en off – ¡Corten! ¡Ese no es el texto que he escrito, joder!

Oscuro.

ACTO 2

Ella está allí. Él entra.

Él – He tenido un sueño muy raro... Aunque más bien era una pesadilla.

Ella – ¿El qué?

Él – Soñé que me dejabas...

Ella parece incómoda.

Ella – ¿Te sabes el texto?

Él – ¿Tú no?

Ella – Sí, sí, claro... Creo que sí.

Él – ¿Lo repasamos una última vez?

Ella – Vale...

Él – Dicen que el autor es un psicópata. Como cambiemos una sola palabra de su guion, es capaz de matarnos.

Ella – Y, además, él también dirige la película.

Él – Ese es el problema del cine de autor...

Ella – ¿Empezamos?

Él – Voy a salir para volver a hacer mi entrada.

Ella – Yo también...

Salen los dos. Él vuelve al cabo de un momento y se sienta. Ella entra con un impermeable y un hacha en la mano.

Él – ¿Todo bien?

Ella – Sí.

Ella se quita el impermeable.

Él – ¿Qué tal el día?

Ella – Bien.

Él – Me alegro. *(Silencio, mientras ella afila el hacha con una piedra.)* ¿Tienes algo que contarme?

Ella – ¿Qué más podríamos decirnos que no nos hayamos dicho ya...? Solo conseguiríamos repetirnos, ¿no?

Él – Bueno... Y, si se puede preguntar... ¿Qué haces con ese hacha?

Ella – Ah... Esa es una pregunta que nunca me habías hecho...

Él – Seguramente porque es la primera vez que vuelves a casa con un hacha...

Ella – Exacto... La primera vez... He decidido sorprenderte, tronco...

Él – También es la primera vez que me llamas «tronco»... ¿Y bien?

Ella – Voy a talar el árbol del fondo del jardín.

Él – ¿Con un hacha?

Ella – ¡Pues claro! No con un cuchillo de pan.

Él se detiene, desconcertado.

Él – ¿No con un cuchillo de pan?

Ella – ¿No es eso lo que tengo que decir?

Él – Sí, sí, claro. Pero esa frase... ¿No es un poco estúpida?

Ella – Bueno, a ver...

Él – ¿Y si le pedimos al autor que la cambie? Podríamos decir, no sé... «No con una lima de uñas». Sería más gracioso, ¿no?

Ella – ¿Tú crees...?

Él – Yo diría que sí.

Ella – Tú mismo has dicho que el autor no soporta que cambiemos ni una palabra. Y creo que hoy está de un humor de perros... Además, hay un hacha en el plató...

Él – Tienes razón. Todavía necesitamos unos cuantos días de trabajo para poder cobrar entre contratos este año... No es momento de que nos despidan. ¿Volvemos a empezar?

Ella – Vale.

Él se concentra un momento y retoma la escena.

Él – ¿Todo bien?

Ella – Sí.

Ella – Quería decirte una cosa.

Él *(sorprendido)* – ¿Sí...?

Ella – No es fácil.

Él – ¿El qué?

Ella – Te dejo.

Él – Eso no está en el guion, ¿verdad?

Ella – No, eso no.

Él – Habíamos quedado en que no cambiaríamos el texto.

Ella – Me acaban de ofrecer un papel. El papel de mi vida...

Él – ¿Quién?

Ella – El autor. Bueno, el director.

Él – ¿Qué quieres decir con lo del papel?

Ella – Me acaba de pedir la mano.

Él – ¿La mano?

Ella – Sí, bueno, la mano... y todo lo demás. Me ha pedido que me case con él, si lo prefieres.

Él – ¡Será caradura! ¿Y qué le has contestado?

Ella – Que sí.

Él – ¿Así, sin más? ¿Te pide la mano y tú le dices que sí?

Ella – Tú nunca me pediste la mano.

Él – ¿Un tipo al que apenas conoces?

Ella – Lo conozco un poco mejor de lo que tú crees...

Él – Ah, vaya... *(Una pausa.)* ¿Quieres que nos casemos nosotros, es eso?

Ella – Lo siento. Lo nuestro ha terminado.

Él – No lo entiendo...

Ella – No hay nada que entender.

Él – ¿Me dejas... justo cuando acabamos de mudarnos a una casa nueva?

Ella – Te dejo la casa a ti.

Él – O sea, que me dejas pagando la hipoteca yo solo...

Ella – Tú no querías hijos. Esta casa ya era demasiado grande para nosotros dos.

Él – Podría haber cambiado de opinión. ¿Quieres tener un hijo?

Ella – Ya es tarde.

Él – ¿Por qué?

Ella – Estoy embarazada... Por eso no podía esperar más para decírtelo.

Él – ¿Que estás embarazada?

Ella – ¡Que te dejo!

Él – ¿Y si fuera mío?

Ella – No es tuyo.

Él – ¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella – Hace seis meses que no hacemos el amor.

Él – ¿Tanto tiempo? ¿Estás segura?

Ella – Lo bastante para estar segura de que ese hijo no es tuyo.

Silencio, mientras él asimila el golpe.

Él – Muy bien...

Ella – Lo siento muchísimo...

Él – Vale...

Ella – ¿Estarás bien? Quiero decir... ¿para rodar la escena?

Él – Estaré bien... Somos profesionales, ¿no? *The show must go on*...

Ella – Creo que nos está esperando...

Él – No te preocupes... Vamos a rodar esta... película de autor.

Ella – Me alegra que te lo tomes así.

Él – Y puedes contar conmigo para respetar el guion al pie de la letra...

Voz en off *– Si todo el mundo está listo, vamos a rodar. Silencio en el plató.*

Silencio.

Oscuro.

ACTO 1

Él está allí. Ella entra.

Él – ¿Ya se ha ido?

Ella – Volverá dentro de una hora, para que tengamos tiempo de hacernos una idea más clara.

Él – Y decidir si hacemos una oferta... o no.

Miran a su alrededor.

Ella – Bueno, ¿qué te parece?

Él – No me lo puedo creer.

Ella – A ti también te pasa...

Él – Es verdad que es absolutamente perfecta.

Ella – Hasta tiene jardín.

Él – ¿Jardín o patio?

Ella – Un patio lo bastante grande para que haya un árbol.

Él – ¿Ah, sí?

Ella – Por más vueltas que le doy, no le encuentro ningún defecto.

Él – Sobre todo comparada con todas las que hemos visto hasta ahora.

Ella – Muchas eran más caras...

Él – Muchísimo más caras.

Ella – Tiene que haber un error en el precio. No es posible.

Él – Se les habrá olvidado poner un cero al final.

Ella – O tienen mucha prisa por vender.

Él – ¿Quiénes son los propietarios?

Ella – El agente inmobiliario me ha dicho que han muerto.

Él – Entonces no tienen ninguna prisa.

Ella – Sus herederos, a lo mejor, sí.

Él – Dijo que lleva varios años en venta.

Ella – ¿Y cómo puede estar en tan buen estado?

Él – Parece que acaban de limpiarla.

Ella – No lo entiendo.

Él – ¿Crees que hay gato encerrado?

Ella – Por mucho que mire, no encuentro nada raro.

Él – El barrio también parece muy tranquilo. Y bastante distinguido.

Ella – El encanto de lo antiguo con todas las comodidades modernas.

Él – Reforma integral.

Ella – Sin necesidad de obras.

Él – Estamos empezando a hablar como el agente inmobiliario.

Ella – Es increíble... Da la impresión de que nadie hubiera vivido nunca en esta casa.

Él – Todas esas paredes de un blanco inmaculado...

Ella – Está tan limpia... que hasta da un poco de miedo.

Él – Sí... Es extraño...

Ella – ¿Qué?

Él – No, nada, una tontería.

Ella – Dímelo... Estamos a punto de endeudarnos durante medio siglo. Puede que pasemos el resto de nuestra vida en esta casa... Si tienes algo que decir, este es el momento.

Él – No sé... Tengo una sensación rara.

Ella – ¿Una sensación?

Él – ¿No hueles algo?

Ella – No... Yo no huelo nada...

Él – Como un olor a...

Ella – ¿Un olor a qué?

Él – No sé. Un olor... a cuerpos.

Ella – ¿Olor corporal, quieres decir? ¿Como en un autobús a la hora punta?

Él – Sí, algo así... Pero como si los pasajeros ya se hubieran bajado.

Ella – Quizá sea el agente inmobiliario... No tenía muy buena pinta.

Él – Tanto como para que la casa siga oliendo después de que se haya marchado hace un cuarto de hora...

Ella – O quizá seamos nosotros...

Él – ¿Nosotros?

Ella – Llevamos toda la mañana de un lado para otro. Ni con un buen desodorante...

Él – No, en serio... No es ese tipo de olor.

Ella – Pues yo no huelo nada... ¿Estás seguro?

Él – Eso me parece...

Ella – ¿Qué clase de olor?

Él – No sé... Como... el olor de todos los que estuvieron aquí antes que nosotros.

Ella – ¿Antes que nosotros? ¿En esta casa?

Él – Los dueños pasan, las casas permanecen.

Ella – Pero dejar su olor...

Él – Me gustaría saber cuántos propietarios ha tenido esta casa.

Ella – El notario podrá decírnoslo, ¿no?

Él – ¿Tú crees?

Ella – O podemos consultar el catastro. Remontarnos al primer dueño. El que mandó construir la casa. El primero que vivió en ella.

Él – Cuando todavía no la había habitado nadie. Cuando aún no guardaba un solo recuerdo...

Ella – Cuando no era más que un terreno edificable.

Él – Un permiso de construcción.

Ella – Un proyecto de obra.

Él – Un plano.

Ella – Una simple idea.

Él – Un deseo.

Ella – Cuando esta casa no era más que un sueño de casa.

Él – Al final, si retrocedemos lo suficiente, la única realidad son los sueños.

Ella – A ver cómo se lo explicamos al director del banco.

Él – Tienes razón. Porque para pedir un préstamo de ese tamaño...

Ella – Cuando solo nos contratan para actuaciones sueltas.

Él – Y ni siquiera sabemos si tendremos suficientes actuaciones para seguir cobrando entre contrato y contrato.

Silencio.

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – Creo que tenemos que decidirnos, porque a ese precio no va a durar mucho en el mercado.

Ella – Es verdad que es muy barata para lo bonita que es, pero ¿podemos permitírnosla de verdad?

Él – Con una hipoteca a cincuenta años, las cuotas mensuales serán más bajas.

Ella – Aun así, tendremos que dejar de salir para poder pagar las mensualidades.

Él – O encontrar alguna fuente de ingresos complementarios.

Ella – ¿Se te ocurre algo?

Él – La casa es grande. Podríamos alquilar una habitación a turistas de paso, a ejecutivos de viaje, a parejas de amantes...

Ella – Claro... ¿Por qué no montamos un burdel en el piso de arriba y un casino clandestino en el sótano?

Él – O alquilamos la casa para rodajes.

Ella – ¿Rodajes?

Él – De películas.

Ella – ¿Ah, sí?

Él – Tengo un amigo que se dedica a eso. Dice que se puede cobrar mucho si la casa tiene interés y encaja exactamente con lo que busca el director.

Ella – ¿Qué clase de películas podrían rodarse aquí?

Él – No sé... ¿Películas porno?

Ella – Imagínate que nuestros amigos reconocen la casa.

Él – Si reconocen la casa será porque ven películas porno... No creo que vayan a contárnoslo...

Ella – Sí, claro.

Él – ¿Prefieres películas de terror?

Ella – Hay otros géneros, ¿no? Comedias románticas...

Él – Pensar en todo lo que habrá ocurrido en esta casa desde que existe...

Ella – Sí... Habrá sido escenario de toda clase de escenas de la vida en pareja.

Él – Películas de todos los géneros...

Ella – Espero que no de terror.

Él – Sobre todo discusiones matrimoniales, supongo.

Ella – Procuraremos no añadir demasiadas...

Él – Una casa vacía, entre una mudanza y otra, es como un escenario de teatro sin decorado. O un plató de cine entre dos rodajes.

Ella – Los actores acaban de marcharse, llevándose su decorado.

Él – Llegarán otros con sus propios objetos y sus propias historias.

Ella – Los que llegan no saben nada de la obra que acaba de terminar.

Él – Y todavía saben muy poco de la obra que están a punto de representar.

Ella – ¿Tragedia o comedia? O tragicomedia...

Él – Entre dos funciones solo queda un escenario vacío. Pero en el aire flota el olor de todos los que se han ido sucediendo sobre las tablas.

Ella – Ese olor a vida y a muerte es el olor del teatro.

Una pausa.

Él – Entonces, ¿la compramos?

Ella – Es la casa de nuestros sueños, ¿no?

Él – Sí.

Ella – Se me está ocurriendo una idea.

Él – ¿Una idea para la casa?

Ella – Una idea para una obra...

Él – ¿De teatro? ¿Y cómo se titularía?

Ella – La casa de nuestros sueños...

Él – Si la obra tiene éxito, quizá nos ayude a pagar la casa.

Se cogen de la mano y miran felices a su alrededor, y luego hacia delante.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-261-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.